

imprecisiones; el poeta realiza sus mentiras, las pone a contar mentiras y —mediante este acto, que algunos llamarían mágico; pero que es preferible colocar bajo la advocación de Eros— reconoce en público sus faltas a la Ley del Uno y Todopoderoso Señor de la Luz. La poesía tiene por nombre *Legión*, como el endemoniado evangélico; escribir poesía, restablecer la diferencia absoluta, admitir la mancha:

Me rebelo, muro gris,
forma de la pluma que sostengo en la
mano,
minucia que divide una sonrisa de otra.
Minucia que me escinde.

Ingobernable expresa una angustia; la angustia es la expresión de una carencia. El poeta, escindido entre el bien y el mal, vive sabiendo que éste no es su mundo; lo desea diferente:

Yo hubiera puesto
una bóveda ahí,
allá un aire menos denso,
un cielo más claro
y en tus ojos otros ojos.

Pero hasta aquí, no ha hecho más que tratar de colocarse en el lugar de quien hizo el mundo como es. El primer deseo del esclavo es la repetición del deseo del amo, aún no cree posible la diferencia. Necesita reconocerse como una "afirmación contrahecha" para descubrir su propio deseo; en ese momento el mundo deja de ser afirmación y se convierte en pregunta:

¿Y este mundo inflexible, titilante, apenas creíble
como una gota de agua?

Esta interrogación rompe el hechizo: el mundo como es nunca será de los poetas. Primero Platón, después santo Tomás, y ahora Carnap y Skinner (estos últimos expresión ideal de Videla y Pinochet), el hombre de la realidad nunca aceptará la presencia de los poetas —víctimas de la posibilidad— en su República. A solas, condenada a muerte como todos, pero quizá más consciente de ello que cualquier otro, la mano que escribe se sabe estéril, mas no calla que:

contra un punto fijo
o cualquier otro
me rebelo.

Carmen Boullosa escribe poesía con las manos manchadas; por eso no puede ser situada "entre los mejores poetas jóvenes". El Parnaso literario es demasiado iracundo, demasiado violento y sórdido para ella; su poesía no busca corona de laurel ni el aplauso de las vacas sagradas. Su poesía sabe lo que es "la verdadera perversión":

LIBROS

(La verdadera perversión: el sexo inter-
no que
desconoce la luz.
Los pasillos sin fin del deseo sin origen.
El aislamiento.)

SERÍA ANÓNIMO ANTES QUE RENTERÍA, SI YO FUERA USTED...

POR FRANCISCO CERVANTES

Leer narrativa, y narrativa mexicana, puede parecer tolerable. Pero es indispensable si no evidente, el hecho de que un autor mexicano no necesita serlo de intención, como tantos que abundan.

Anónimo, la segunda novela de Ignacio Solares —la primera fue *Puerta del Cielo*— es una novela necesaria; decepcionantemente bella y dolorosa. Mexicana porque en ella predominaba el ámbito de la clase media nacional, las miserias de su escasa o falsa erótica, y el vacío de la existencia humana, la angustia a manera de guadaña de una danza de la muerte gris, neblinosa, que sería mejor dispersar, que no fuera la esencia del alma.

Rentería en *Anónimo* recibe del Hado un don que todos queremos. Pero siguiendo a Kafka, desde las primeras líneas: *Parece cosa de risa pero aquella noche me desperté siendo otro*. Como en *La Metamorfosis*, la trama queda revelada en las palabras iniciales. Pero el misterio seguirá aún después de terminada la lectura de *Anónimo*.

Rentería, como el Fabien Especel del *Si yo fuera usted* de Julian Green se ha convertido en otro, el otro. Fabien Especel tiene siempre una opción diferente, capítulo a capítulo de *Si yo fuera usted...*, pero esta es, en cada ocasión, más angustiosa y triste. Rentería sólo desea volver a su estado de Estrada, el periodista respetado y respetable. Dejar su estatus lamentable de empleado inferior de un banco.

Anónimo se mueve sobre la misma base, los estratos de *Si yo fuera usted*, pero los personajes tienen más características. En el caso de la obra de Green, el cambio da un toque a veces repetitivo. La vida de Rentería, luchando por recuperar a Estrada, pisando sus huellas, el hueco dejado en la cama de su anterior hogar, del sillón en la sala del otro en *Anónimo* puede sentirse, por oposición, variado.

La comparación entre *Anónimo* y *Si yo fuera usted* puede llegar más allá de esto.

El sentimiento religioso, el terror teológico se sienten en ambos, pero la civilización, la geografía, el idioma, el contexto social no son ni pueden ser los mismos. México no es París, pero Rentería ni lo piensa ni le interesa. Y Fabien Especel acaso ignora que haya ningún país ni ciudad que se llaman México.

La religión puede ser la misma, pero no la forma de oración, el sentimiento de culpa similar, no de Europa sino de México, a

favor de uno u otro, pero diferente definitivamente.

Anónimo de Solares ronda, para evitar, la narración exagerada, porque no puede empezar a existir sino a partir de literatura, expresiones orales y pensamientos escritos.

La sección de la historia que da título, acaso la mayor intriga, si la hay en *Anónimo*, es una tragedia, alguien que busca su "persona" así sea a través del daño y la destrucción de las sugerencias que provocan los anónimos.

Pero el crimen, que lo hay, no nos lleva a una trama policiaca, que han orillado con lucidez y escaso lenguaje "policial" o de "suspense" el autor y sus personajes.

La magreza idiomática, ayuda al creador a hacer más densa y doliente la atmósfera de Rentería, más cruel por real la incapacidad de volver a ser Estrada, reduce sin embargo los valores poéticos que toda obra de creación debe sustentar. Bien que esa sequedad de términos deja intervenir al lector y lo obliga a participar poniendo la dosis de dolor que le resulte intolerable, para establecer los límites de Rentería como los propios, o a burlarse de él, desde Estrada, que lo envolvió en un lío del que Rentería ya no podrá salir. ¿Es Estrada un dios que abandona a Rentería-hombre en situaciones difíciles, la novela es así de tramposa? No. Va más allá. Alcanza extremos de *Delirium Tremens*, tema sobre el que Solares publicó en la misma editorial otra *opera optima*, llamada así.

Anónimo puede ser eso: un organismo dentro de otro, que, al ser eliminado, provoca alucinaciones, o dejar ver sólo el revés de la trama.

Ignacio Solares prefiere las situaciones y su juego a lo "literario". Hasta aquí lo hemos dicho 5 veces, porque como lo hace con una escueta construcción es por eso más perdurable y notorio. Si éste es —y no se vislumbra otro— el estilo en el cual Solares va a escribir otras novelas, reportajes y obras de teatro, encontrará muchas oposiciones y dificultades. Su falta de concesiones a las modas literarias, su renuncia a intentar obras maestras, dificultarán su acceso pero lo harán más duradero.

El contexto social parece pobre y sin relación con las luchas políticas, como corresponde a un Rentería real, existente fuera de *Anónimo*, pero sólo posible en la ficción. Novela nacional, *Anónimo* no renuncia jamás a los valores humanos ni a la fe por seguir consignas políticas o estéticas.

DE TODOS LOS SUEÑOS, EL SUEÑO

Leonardo Sciascia: *Cándido o un sueño siciliano*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1979, 215 pp.

POR JULIÁN MEZA

Medieval, renacentista o moderno; francés o siciliano: de todos los sueños el sueño de Cándido: claro, blanco, Cándido: crédulo, ingenuo, inocente, puro, simple, es

cierto; pero también: franco, sincero. El sueño, pues, y su pesadilla: falaz, bribón, pícaro. Y de aquí el Cándido por excelencia: el sueño obstinado, loco, insensato.

La vigilia del sueño

A propósito de los sueños que hoy pueblan campos de concentración o prisiones, que sufren torturas de deportaciones, que desaparecen o se pudren en osarios —en los países de capitalismo o de socialismo realmente existentes o no—, Foucault decía hace no mucho tiempo que los Cándidos han regresado. Y Leonardo Sciascia extiende una constancia de este retorno en un “cuento filosófico”: *Cándido o un sueño siciliano*, donde el mundo de la Ilustración se pasea por nuestro mundo ¿o por nuestras cabezas? Y por esto la interrogante: ¿paseamos por el viejo mundo ilustrado o simplemente soñamos? Cada uno a su manera, por cierto. Y Leonardo Sciascia a la suya: sin el optimismo de los ilustrados. O mejor: con el escepticismo hijo del siglo XX:

“...si el fascismo se hunde, no queda otra cosa que el comunismo”, le había dicho Mussolini a Arturo Cressi, general de milicias fascistas que debe elegir entre afiliarse al Partido Comunista Italiano —como ya lo ha hecho el barón Paolo di Sales, ayudante de campo del general durante la guerra de España— o a la Democracia Cristiana, si no quiere convertirse en cadáver político.

El sueño vigilado

Frente al comfortable optimismo de nuestras *intelligentsias* se levanta el escepticismo, con todos los atributos que la Razón y la Solemnidad pretenden desterrar de la escritura desde hace ya mucho tiempo: la ironía, el humor y los sarcasmos que hormigueaban en el mundo premoderno; su elegante vulgaridad: dijo “coqueta”, cuando la palabra que le afloró a los labios fue “puta” (p. 24).

En el Cándido de Sciascia están presentes los siglos XVI y XVII. Pero esta presencia no lo hace enmudecer. Sciascia no es un simple repetidor de temas o conceptos. Su lenguaje claro, sencillo, directo y ligero lo acerca más a una edad de la escritura que se pensaba para siempre proscrita, que a la oscuridad en el decir tan frecuente en los tiempos que corren. Y precisamente porque se inscribe dentro de la interrumpida tradición rebelaiana y es un homenaje a Voltaire, el mundo de Cándido Manufo pintado por Sciascia es el nuevo mundo de nuestros modernos huérfanos, *clerics* y arciprestes que alternan con: ¿putas?, cornudos y mafiosos;

políticos-generales-fascistas-demócratas-cristianos que se interrogan: ¿cuál es el delito: haber sido fascista o ser demócrata-cristiano?, que da pie a un sobreseimiento de Sciascia: si hay delito lo ha habido siempre, o de plano no hay delito;

curas progresistas que van del confesio-

LIBROS



nario al sillón del analista para descubrir, en una sacristía, el asesinato del padre y el del Padre Nuestro;

comunistas de claro origen fascista, liados con la mafia y ante cuyos ojos o con cuya concurrencia los aliados norteamericanos entregaron el poder en Italia a los fascistas que sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial y les encomendaron la tarea de construir el mejor de los mundos posibles: el mundo de los curas progresistas y los comunistas evangelizadores que la fina ironía crítica del escéptico homólogo:

por el simple hecho de pertenecer a iglesias contiguas y afines (pp. 122-23), comunistas y sacerdotes están de parte de la esperanza (=el optimismo apoltronado que permite a cada quien cultivar su propia huerta).

Pero dado que, a la vez, sus iglesias colindan con otras iglesias nada impide la reiteración tautológica: curas = mafiosos = fascistas = comunistas = curas ... (pp. 123-24), que se descubren en:

el lenguaje común a una beata y a un dirigente comunista que trabajó para Mussolini (p. 137); y en

el “compromiso histórico” del PCI con la terrenal riqueza y los poderes, puesta de manifiesto por un tartufo, cuyo sobre nombre (del cual es reponsabel Cándido), Fonià Fomic, revela que en *La aldea de Stepachikovo* (novela humorística de Dostoyevski) hay una prefiguración y una premonición del destino de los PCs y del mundo comunista en el período de la desestalinización. Es decir: hoy.

Y si con esta manera de pensar Sciascia incurre en algún delito que los venerables párrocos de todas las iglesias lo perdonen. ¿O qué otra cosa se puede pedir a aquellos para quienes siempre ha habido delitos de

lesa iglesia que perseguir?, como el que comete quién escribe esto:

“Stalin era al marxismo lo que Arnobio era al cristianismo. En ambos se daba un enorme y absoluto desprecio hacia el hombre, hacia la humanidad entera, un gigantesco pesimismo. Arnobio creía que sólo podría conseguirse la salvación por medio de la Gracia, siendo la fuerza del hombre, en razón de su naturaleza misma, insuficiente para lograr el bien. Y esto mismo creía Stalin, con la diferencia de que, para él, la Gracia era la policía...” (p. 154).

Y como las iglesias no sobreviven sin heterodoxias ni herejías su Gracia es siempre la excomunión, aunque el excomulgado sea hombre (o mujer) de iglesia:

Una votación como aquella que ¿decidió? la expulsión de María Antonietta Macciocchi de las filas del PCI, arroja a Cándido del mismo partido (p. 157). Pero Cándido, como la Macciocchi, sigue siendo comunista. Es decir: se obstina en su sueño, ya que dentro o fuera de las iglesias ¿sólo cuentan los sueños?

No, dice Sciascia y sitúa a Cándido frente a hechos tales como la horfandad o el amor (pp. 158-59, por ejemplo), dado que sólo cuentan los hechos (p. 163); esos hechos que ponen de manifiesto el retorno de Cándido, o de los Cándidos (pp. 165-74), a los que la lengua, llevando a cabo una operación reductiva (¿dialéctica?), simplifica: imbeciles; tan imbeciles que, como Cándido, obstinados en soñar, son psiquiatrizados con el fin de despojarlos de sus bienes —siempre materiales, aunque se trate de sueños.

Los simples sueños

País de clérigos, mafiosos y comunistas, Italia vive en ellos su pasado y su presente (de su pasado sólo se atreven a dar cuenta los augures del porvenir). Y ambos —pasado y presente— son muy simples, pues “...las cosas son casi siempre simples” (p. 87), tan simples como los hechos que sólo las palabras quieren oscurecer cuando se tornan glosas, explicaciones, justificaciones.

Eludiendo las complejidades gratuitas, de manera simple (¿cándida?), Sciascia suscita la simple reflexión:

ante la sospecha de un golpe de Estado los comunistas italianos se ponen a conjeturar sobre la posibilidad del exilio... en un país occidental, por supuesto, dado que ninguno es tan complicado como para querer exiliarse en un país socialista.

La incongruencia comunista, discurre Sciascia, es simple: no es incongruencia (pp. 188-89).

Y sobreviene el exilio. Pero no se trata del exilio de los comunistas, sino del de Cándido, que tras haber abandonado Sicilia por Turín, abandona Turín por París. Ese París donde —escribe Sciascia— siempre hay algo a punto de terminar y algo a punto de comenzar; que es siempre igual y siempre diferente; donde hicieron Mayo de 68 ¿nuestros abuelos o nuestros nietos?; donde Cándido, soñador, pasa frente a la estatua de Voltaire; donde Cándido es cándido porque el sueño siciliano se torna parisino, gracias a la buena fe (Bonney) de *Un sueño en Mantua*.